Sobre la formación de la clase trabajadora y el papel del movimiento obrero para el siglo XXI.

Daniel Albarracín. Octubre de 2013

INDICE:

1. Introducción.....2

2. Relación salarial y Movimiento Obrero.....2

2.1. Sobre la relación salarial como dominación y explotación.....2

2.2. Sobre la condición obrera vista como un hecho social.....3

2.3. Sobre el movimiento obrero como expresión de clase organizada.....9

3. La reconstrucción de un movimiento organizado del mundo del trabajo en una sociedad capitalista compleja.....10

3.1. Globalización capitalista, nueva división internacional del trabajo: el reto de la solidaridad internacional.....10

3.2. Sobre los diferentes motores de la movilización y la transformación social.....13

3.3. Sobre la interrelación entre la relación salarial y otras fuentes de conflicto y formas de opresión social. 19

4. Anexo.....22

1. Introducción.

Este texto procura indagar sobre el papel y potencial del movimiento obrero en la disputa del poder. Nos vamos a detener en un componente relacional básico, que juega el rol que desempeña o pueden llegar a desempeñar el *trabajo asalariado*, en tanto que condición social subyugada, que dispone su fuerza de trabajo como potencial motor de generación de valor al materializarla en trabajo efectivo, así como potencial actor social capaz de ser o bien funcional o bien alterar dicha lógica en términos internos o de ruptura. Miraremos al mundo del trabajo en tanto definido históricamente por la *relación salarial*. La relación salarial (o relaciones salariales si admitimos relaciones de empleo diversas dentro del curso del capitalismo) así sería origen, sujeción y soporte de potenciales y diversos movimientos obreros, que tienen como su singularidad su dinámica de autoconstrucción. ¿Pero qué papel juega el cuestionamiento de las relaciones de poder?.

2. Relación salarial y Movimiento Obrero.

2.1. Sobre la relación salarial como dominación y explotación

Entendemos la *condición obrera* como producto de la relación del capital, que impone una determinada condición de vida a la población potencialmente empleable como fuerza de trabajo por las clases propietarias y el Estado burgués. *La relación salarial sería así*, antes incluso que el vehículo de la explotación, *una forma de dominación* de las clases productivas.

La relación salarial, pilar básico de la configuración de la relación capitalista (junto a la instauración de la propiedad privada de los medios de producción, o el papel moderno de las finanzas a través de la influencia de la provisión de crédito) es, como decimos, básica para someter y disciplinar a la población que tiene como principal recurso con el que obtener sus ingresos a su fuerza de trabajo. La disciplina principal no radica tanto en el poder de mando propio de la autoridad de los "jefes" (Negri, A.) o en las formas de organización del trabajo (Braverman, H.), aunque puedan ser importantes, sino en las condiciones de amenaza de desempleo o expectativas para promocionar o mejorar la retribución.

Su principal efecto disciplinador es la experiencia del que sabe que si no responde a las expectativas del capital tendrá menos opciones de ser empleado. Dicha disciplina abarca el conjunto de la biografía, pues desde la propia educación familiar, escolar y profesional (que adaptan las formas de vida para hacer a las personas disponibles y empleables en tanto que fuerza de trabajo potencial), hasta los momentos de desempleo (donde las personas procuran disponerse y adaptarse a nuevos potenciales empleos) hasta en el propio puesto de trabajo (donde la adaptación permanente a los requerimientos del capital es la clave para mantener o mejorar el empleo) está conformando y moldeando un modo de vida. A partir de ahí, se produce, al convertir la fuerza de trabajo en trabajo efectivo, un plusvalor, la porción de valor nuevo que no acaba como remuneración del o la trabajadora, que, mediante la realización

mercantil, es susceptible de ser apropiado por el capitalista en forma de excedente, siendo, esto sí, una *relación de explotación*. El excedente global del capital puede no coincidir con la generación de plusvalor de cada unidad productiva, porque la competencia mercantil hace que unas empresas puedan apropiarse en forma de rentabilidad una proporción mayor al valor generado en ellas.

Entendemos, por tanto, la relación salarial en términos socialmente abiertos. En primer lugar, no se trata simplemente de una relación laboral puntual, sino una relación social que abarca la mayor parte de la trayectoria de vida de las mayorías sociales. Este vínculo de transacción subordinadora en la que se alquila tiempo, dedicación, fuerza de trabajo y esfuerzo productivo para obtener un ingreso por debajo de su valor, puede adoptar la forma de una relación de empleo por cuenta ajena, de carácter informal o en tanto que profesional autónomo económicamente dependiente. A este respecto, el término empleado puede conducir a equívocos para comprender lo fáctico de la relación salarial si para con ello nos referimos a la agregación de la *masa salarial*. En esta materia cabría incluir el trabajo de empleados externos, profesionales autónomos, o trabajadores informales, al mismo tiempo que convendría tratar de manera aislada la remuneración de los directivos que, con un papel de gerencia y de control como agentes del capital, recaban su fuente de ingresos de una porción de la plusvalía, sin que ello no nos impida admitir que los trabajos directivos, de organización, planificación y coordinación aporten un valor.

2.2. Sobre la condición obrera vista como un hecho social

Una forma de aproximarse a la relación salarial pasa por estudiar la estratificación social. Este tipo de análisis ha sido aplicado por enfoques pertenecientes a diferentes corrientes ideológicas.

Como interpretación general conservadora se señalará que la generación de riqueza dependerá de la iniciativa y capacidad de asumir riesgos por parte de los inversores y empresarios. Estas dos aproximaciones, conservadoras, advertirán que los y las trabajadoras son recompensados adecuadamente y tienen motivos de sobra para reproducir su condición, habida cuenta de su salario, la tendencia a involucrarse en aras de sus aspiraciones de carrera y ascenso profesional, y las posibilidades que el consumo les proporciona para su satisfacción e integración social. Las sociologías funcionalistas weberianas y durkheimianas dotarán de argumentos para explicar la condición obrera como un estrato funcional de la sociedad moderna. Dicho de otra manera, los efectos motivadores subjetivos de la sociedad contemporánea y el curso de la economía capitalista se combinan de manera cómplice.

En otros casos pondrán el énfasis en lo funcional del factor trabajo como recurso para el capital. Habrá incluso quien proclamó el fin del trabajo como fenómeno social objetivo relevante (Rifkin, J.), influyente ideológicamente (Medá, D.) o incluso contraproducente (Gorz, A.; Postone, M.). Y habrá corrientes que incluso, frente a su posibilidad de transformación, reclamarán la huida del propio trabajo (Negri, A.; Bologna, S.).

De manera inversa, en las filas de la izquierda que tomó inspiraciones entre el estructuralismo, las corrientes neorricardianas y ciertas visiones vulgares del marxismo (maoísmo, estalinismo,

morenismo, etc…), se ha venido presumiendo un automatismo o relación bastante directa entre la conciencia o ideología y el lugar que se ocupa en la estratificación social. Esto ha derivado en dos interpretaciones sumamente erróneas:

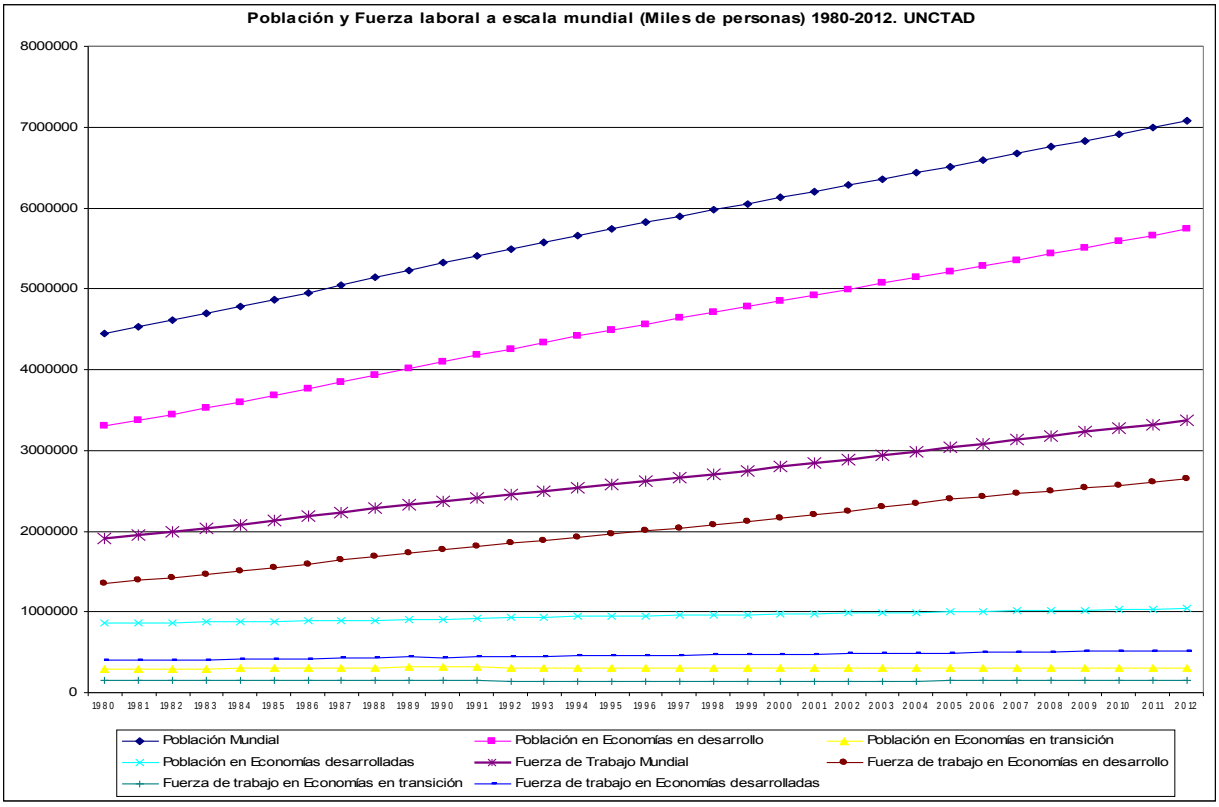
a) Como la condición obrera es creciente, el comunismo vendrá por su peso, porque basta con una explicación propagandística de la realidad socioeconómica, para que la mayor parte de los y las trabajadoras abracen las opciones revolucionarias.

b) Como la mayoría trabajadora es conservadora o reformista, hay fuerzas sindicales o políticas, o incluso hay fracciones de la clase que son traidoras, se les ha persuadido para no alcanzar sus objetivos históricos, de tal modo que las fuerzas revolucionarias deben únicamente relacionarse con aquellos con los que tienen una afinidad actualmente.

Ni que decir tiene que se trata de dos interpretaciones extremas, una por idealista, y otra por sectaria. A este respecto, como desarrollaremos más adelante, la construcción de la subjetividad política, mediante sus organizaciones, tiene una relación relativamente autónoma de la estructura social. Para ser más concisos, hay una relación entre la polarización de la estructura social y la mayor tensión social que pueda producirse, formando una base material para el conflicto. Pero la construcción de organizaciones, prácticas, orientaciones estratégicas y acciones tácticas, no están sobredeterminadas, sino que depende de sujetos y actores concretos en el curso de la historia.

En fin, más allá de las anteriores interpretaciones, a nuestro modo de ver muy problemáticas, sí parece un paso necesario examinar el peso de la condición salarial en tanto que realidad socioeconómica y laboral, de cara a estudiar el alcance y dimensión de una condición de vida impuesta que puede traducirse en el ascenso de mayores tensiones sociales. Quizá convenga realizar un repaso de algunas tendencias sobre este punto a nivel mundial.

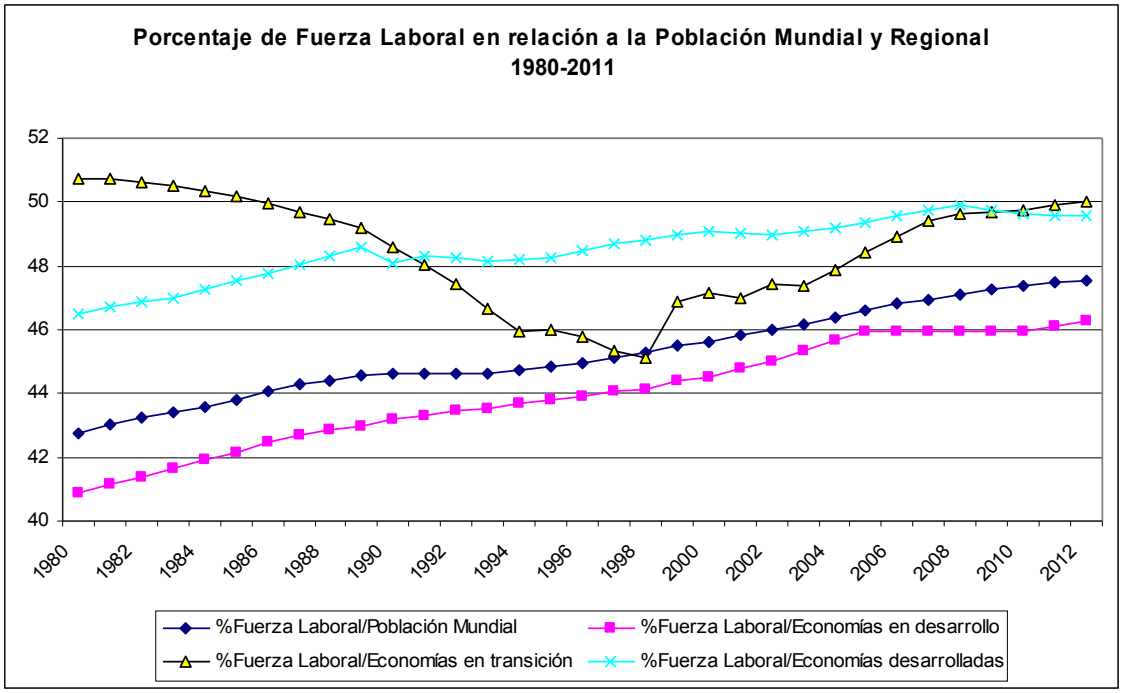
En el planeta hemos pasado, según la UNCTAD, de una población en 1980 de 4,44 mil millones de habitantes a 7,08 mil millones de personas, fundamentalmente por el crecimiento de las economías en desarrollo.



Fuente: Elaboración propia a partir de la UNCTAD.

A partir de este fuerte crecimiento poblacional también se ha incrementado el porcentaje, de la fuerza laboral ocupada en el mundo, pasando de ser el 42,7% al 47,5% del total entre 1980 y 2011. Jamás en la historia hubo tantas personas trabajando, unas 3.363 millones.

Aunque el crecimiento relativo ha sido más potente en las economías en transición, las economías emergentes, tanto en términos absolutos como porcentuales, todas las economías han aumentado la proporción de población ocupada. El trabajo, desde este punto de vista, es incontestablemente, la forma principal de vida de la mayoría del planeta. En los países de las economías desarrolladas el porcentaje es incluso mayor, aunque no tan creciente, merced a que la centralidad de la relación salarial es más fuerte, propio de un desarrollo capitalista más intenso. En estos países centrales, el capitalismo ya ha devorado formas económicas antiguas, ha concentrado en menos manos los medios de producción, y las diferentes formas de producción independiente están desapareciendo. Esto conduce a una mayor polarización social entre clases dominantes y clases asalariadas, dejando a otras clases productivas un menor espacio socioeconómico y, cuando existe, más subordinado al gran capital.



Fuente: Elaboración propia a partir de la UNCTAD.

Según otra fuente, la Estadística del Banco Mundial, en 1991 el 62% de la población mundial disponía de un empleo, situación que en 2011 descendió al 60%, posiblemente fruto de la crisis internacional. Mientras, la población joven ocupada entre 15 y 24 años pasó del 52% al 43% en el mismo periodo. En cualquier caso, confirma y aumenta la realidad de que el trabajo en régimen de ocupación remunerada representa la centralidad de la mayoría de las vidas de las personas, sin contar con que buena parte del resto de la población sin una ocupación remunerada también dependerá de los ingresos de aquellos. La extensión y penetración social del trabajo en forma remunerada adquiere un peso aún mayor entre los países desarrollados (49,5% de la población está ocupada como fuerza laboral remunerada en 2012), en una evolución creciente, y muy recientemente incluso es superada por las economías emergentes, denominadas por la UNCTAD "en transición" (50%), y que incrementan este indicador a gran velocidad.

No debemos dejar al margen a la población desempleada, que también busca un empleo remunerado y que también está supeditada, y cuya presencia también presiona a los y las trabajadoras para no acrecentar sus demandas. Esta fuerza laboral potencial también conforma parte de esa condición salarial, aún cuando no obtenga un salario en el momento actual. De igual modo, la alta presencia de empleo informal, especialmente en los Países del Sur, no representa más que otra forma de segmentación de las condiciones sociolaborales de la fuerza laboral.

%Desempleo y Región del mundo	% y año de referencia
América Latina y el Caribe	7,7% 2009
Asia meridional	3,5% 2010
Asia oriental y el Pacífico	4,2% 2011
El mundo árabe	9,6% 2009
Estados pequeños del Caribe	9,9% 2008
Europa y Asia central	9,1% 2011
Miembros OCDE	7,9% 2011
Mundo	5,9% 2010
Oriente Medio y Norte de África	10,6% 2008
Unión Europea	9,6% 2011
Zona del Euro	10,1% 2011

Fuente: Banco Mundial

De la misma manera, la realidad del empleo es desigual, encontrándonos con segmentos de trabajadores con condiciones más frágiles y con menores garantías, que contribuyen también a esa mayor segmentación.

Empleo vulnerable (%total del empleo)

	% y año de referencia
América Latina y el Caribe	31% 2009
Asia meridional	79% 2009
Europa y Asia central	18% 2009
Miembros OCDE	15% 2009
Oriente Medio y Norte de África	36% 2009
Unión Europea	12% 2009
Zona del Euro	11% 2009

Fuente: Banco Mundial

Como una aproximación a la estructura social, en estos términos de estratificación pero ligados a la condición socioeconómica (o relación con los medios de producción) hemos escrutado la base de la OIT, y hemos indagado la realidad de algunos estudios de caso por países. Hemos seleccionado países centrales, semiperiféricos y periféricos de cada continente, cuando proporcionan datos que puedan ser comparable y mínimamente desagregados.

Lo que podemos comprobar es que la población empleada por cuenta ajena es, con mucho, la que mayor peso representa. Esto es más cierto aún en aquellos países donde el capitalismo ha obtenido mayor recorrido y desarrollo. La tendencia general, en el periodo estudiado a este comienzo de siglo XXI, es que el peso de los y las trabajadoras asalariados dentro de la fuerza laboral sea creciente. Aunque entre los y las empleadoras la tendencia no es unívoca, siendo en todo caso un porcentaje menor entre la fuerza laboral ocupada, es bastante claro que las clases medias, los ocupados por cuenta propia que no emplean a otras personas, pesan poco y cada vez menos, observándose claramente una mayor polarización social a escala internacional. Excepcionalmente, en algunos países del Magreb esta situación no se confirma.

Estructura ocupacional (%) por condición socioeconómica 2000-2008. Casos de países.	Población Ocupada (miles de personas)	Pob.Empleadora	Trabajadores por cuenta propia	Miembros de cooperativas productivas	Trabajadores de ayuda familiar	Pob.Empleada	Trabajadores no clasificables

Países Europeos	Alemania	2000	36604	4,92	5,03	-	0,88	89,17	0
		2008	38734	10,7	-	-	0,9	88,4	0
	Francia	2003	24695,8	4,37	5,85	0,01	1,23	88,54	-
		2008	25913,2	4,56	5,34	0,01	0,61	89,48	-
	España	2000	15505,9	5,16	12,23	0,59	2,09	79,83	0,1
		2008	20356	5,49	10,65	0,39	1,09	82,33	0,05
	Rumanía	2000	10763,7	1,11	23,12	0,38	19,3	56,09	0
		2008	9369,1	1,33	19,41	0,04	11,8	67,42	0
Países Americanos	Brasil	2001	76.098	4,22	26,31	7,39	0	62,07	0
		2007	90.786	3,76	21,16	5,85	4,45	64,78	0
	México	2000	38044,5	4,34	23,44	0	8,34	63,86	0
		2008	43866,6	4,94	22,49	0	6,67	65,89	0
	Ecuador	2000	3376,1	4,62	29,93	0	5,99	59,46	0
		2006	4031,6	6,48	26,78	0	7,06	59,67	0
Países Asiáticos	Japón	2000	64460	2,82	8,53	5,27	0,29	83,09	0
		2008	63850	2,52	6,97	3,51	0,49	86,52	0
	Pakistán	2000	36847	0,78	42,23	0	21,4	35,58	0
		2008	49090	0,93	34,16	0	28,94	35,97	0
	Filipinas	2.000	27452	4,79	32,31	0	12,18	50,72	0
		2008	34089	4,18	31,25	0	12,21	52,35	0
Países Africanos	Egipto	2000	17203,3	17,12	11,41	0	11,52	59,94	0
		2007	21723,8	14,12	13,28	0	14,07	58,53	0
	Marruecos	2.002	9487,5	2,35	26,13	2,28	29,85	37,99	1,39
		2008	10189,3	2,53	27,89	1,58	24,05	43,85	0,1
Oceanía	Australia	2000	8951,3	3,68	9,59	0	0,81	85,91	0
		2008	10740,4	2,78	8,79	0	0,23	88,19	0

Fuente: Elaboración propia a partir de la OIT en base a Encuestas de Fuerza Laboral., salvo para Brasil que se basa en Censo de Población.

Si nos detenemos en el caso español, esta polarización se expresa claramente en la evolución de sus estratos sociales mirados por su condición socioeconómica. Prácticamente un 80% de la población activa formaría parte de las clases trabajadoras.

%Población Activa por Condición Socioeconómica (IVT). España

Clase Social	Porcentajes 2008	Porcentajes 2011	Estrato Social	Porcentajes 2008	Porcentajes 2011
Empresariado con personal empleado	4,59	3,51	Clase Alta	6,38	5,48
Personal Directivo	1,79	1,97			
Empresariado, Profesionales y Técnicos sin personal asalariado	9,02	7,87	Clase Media-Alta	10,3	9,04
Campesinado	1,28	1,17			
Personal cualificado por cuenta ajena	15,23	15,06	Clase Media-Baja	16,44	15,86
Capas de control productivo, profesionales exclusivos de la AAPP (Burostructura asalariada)	1,21	0,8			
Personal asalariado	46,87	41,72	Clase Baja	66,39	69,27
Personal asalariado menos cualificados (Personal jornalero, sin especialización y fuerzas armadas)	5,61	4,7			
Personas desempleadas	13,91	22,85			
No Clasificables	0,48	0,33	N.C.	0,48	0,33

Fuente: Elaboración propia a partir de EPA, INE

En suma, este análisis estadístico nos constata que la condición salarial es la forma mayoritaria de modo de vida a nivel mundial, ocupando una centralidad como agregado social indudable. Ahora bien, ¿esto necesariamente se traduce en su importancia sociopolítica y su alcance

transformador?. Esto depende de la construcción del factor subjetivo y de cómo se den curso a las luchas sociales y el resultado que se obtengan de ellas. Ahora bien, ni que decir tiene que sí podemos afirmar que las bases materiales principales de la tensión y el conflicto están en ese nudo. Esto no equivale a admitir que haya otros problemas sociales, y otras centralidades, pero sí parece importante poner de relieve el peso específico de la *cuestión social*.

2.3. Sobre el movimiento obrero como expresión de clase organizada.

Diferenciamos conceptualmente la *condición salarial* (como relación social de subordinación) frecuentemente denominada condición obrera, término clásico más reduccionista que debe ampliarse, de lo que pueden ser la construcción de movimientos sociopolíticos organizados (sean bien más inmediatistas o con proyectos más avanzados) que, clásicamente se ha venido a llamar movimiento obrero (aunque su concreción ha sido, sin lugar a dudas, muy plural).

Se trata de un movimiento con diversidad de expresiones, aspiraciones, prácticas y organizaciones construidas a lo largo de la historia. Y, también, es preciso mencionarlo, se trata de un sujeto plural y complejo, con diferencias internas, que, en general, se ha levantado en contestación a su propia condición social: la salarial. Una discusión bien distinta es si esa contestación ha desarrollado una orientación que la reproducía, la modificaba, la rompía o la superaba. Pero, en términos generales, debemos comprender que se trata de un sujeto que se mueve en respuesta a sus condiciones de vida, empleo y trabajo y, por tanto, *su identidad se reconoce y construye en la pugna consciente con su contrario y necesario adversario: el capital*. Cuando este fenómeno conflictivo se expresa en términos de clase –y por tanto, universal, con identidad propia y en oposición a la relación que impone sus condiciones y experiencia de vida-, puede afirmarse que el movimiento obrero ha cobrado forma. Una forma material que surge desde una condición socioeconómica y cobra cuerpo en determinada acción y proyecto subjetivo. En suma, organizaciones, locales, medios en general, militancia, simpatía popular, experiencias, prácticas, acciones, expresión pública, proyectos, programas, estrategias, tácticas y discursos concretos.

Sus resultados han sido y serán diversos. Pueden derivar desde la reproducción sistémica –promoción individual, mejoras corporativas, mantenimiento del empleo, etc…- propia del sindicalismo de empresa o corporativo, de reforma –mejoras de condiciones de empleo, garantías laborales o sindicales, o de políticas sociales- o antagonista –subversión de la relación salarial-, en función de las estrategias y victorias y derrotas obtenidas.

El sentido y papel del movimiento obrero, denominado también como “cuestión social”, ha constituido uno de las polémicas más controvertidas en el campo de lo político y de las ciencias sociales. Quizá ha sido demasiado frecuente acercarse a este fenómeno y potencial sujeto desde parámetros extremos inconvenientes. Por un lado, aquellos que ignoraban o despreciaban su existencia, atribuyendo estereotipos de diferente carácter (un factor meramente funcional-instrumental acomodado, como actor cómplice con el sistema o un sujeto peligroso y fuente de fracturas). Por otro, como un fetiche al que venerar, apelando a un demiurgo salvador que siempre estaba por venir, o que, a pesar de las dificultades para encontrarlo, se presentaba a cada esquina como el fantasma.

Para algunos se ha presentado como un hecho social material, entre el producto de un sistema social y el recurso productivo empleado, entre otros factores, como motor de la economía y la rentabilidad. Para otros, se trataba de un ideal al que tender (Lucaks) para superar el capitalismo. Otros, de corte reaccionario, lo miran más bien como un mito que divide y fractura a la sociedad. La clase trabajadora, por el contrario, es un proyecto sustentado en bases sociales materiales, originada en unas relaciones sociales de producción propias de una formación sociohistórica concreta, que se autoconstruye a partir de ahí fruto de la iniciativa, la acción y la organización de grupos de trabajadores asalariados y otras clases productivas, principalmente, que reconocen orígenes, semejanzas, trayectorias, y destinos comunes. Identifican y se oponen a una relación de poder, una relación social que les domina y explota: la del capital, y sus derivaciones (la concentración de propiedad de riqueza, la extensión de la relación salarial, la aplicación fáctica y legal del Estado y sus instituciones, la construcción de la opinión pública por parte de los medios de comunicación, etc…).

Desde este punto de vista, la clase es una construcción y un fenómeno histórico, que se origina en unas condiciones de vida objetivas, que se construye por unos sujetos que se cuestionan prácticamente las mismas y las relaciones que las imponen, conformando un fenómeno material y subjetivo al mismo tiempo, en forma de costumbres, símbolos, organizaciones, prácticas, proyectos y luchas en común (Thompson, E.P.).

3. La reconstrucción de un movimiento organizado del mundo del trabajo en una sociedad capitalista compleja.

3.1. Globalización capitalista, nueva división internacional del trabajo: el reto de la solidaridad internacional.

La relación del capital está prácticamente globalizada. Las cadenas de valor siguen rutas internacionales, trascendiendo las fronteras. Los y las trabajadoras están empleados en compañías transnacionales conformando una cadena que conjuga la competencia y la cooperación de redes de empresa, con jerarquías internas, para la valorización del capital. Esta cadena es compleja, localizada en grandes concentraciones de trabajadores situadas en grandes urbes donde se instalan sedes de polígonos de oficinas, de fábricas, centros comerciales, y espacios de turismo y ocio, interconectados globalmente. Las grandes redes de empresa, apoyadas o no por sus respectivos estados nacionales, se insertan en el mercado global de manera desigual.

La especialización desigual conforma una división internacional del trabajo en la que países, o regiones particulares de los mismos, en la que se definen centros, semiperiferias y periferias. Las economías centrales se especializan en las fases de la cadena de valor más estratégicas: investigación y desarrollo, finanzas, dominio de las fases industriales más tecnológicas y pesadas, finanzas y distribución comercial final. Las economías semiperiféricas se reparten y disputan las fases de actividad manufacturera, generalmente auxiliar de las economías centrales, o de servicios de menor valor. Las periféricas, lo hacen como extractores y exportadores de materias primas.

El mundo capitalista se ha industrializado en diferentes oleadas revolucionarias, hasta atravesar tres grandes procesos de cambio. Fundamentalmente esta dinámica se ha ido expansionando. Sin embargo, se ha forjado una división internacional del trabajo que impone una jerarquía, especialización supra y subordinada, poder de mercado y una relación de intercambio basado en ventajas absolutas favorables al primer mundo. Esta situación implica que la composición interna de la fuerza laboral sea diferente, en función de la orientación productiva de cada país.

Las estadísticas que reflejamos (que agrupan en fases de la cadena de valor las diferentes ramas de actividad) tratan de tomar datos de países del centro, las semiperiferias y las periferias, a sabiendas de que hay muchos países que no disponen estadísticas siquiera. Con estos datos. También debemos tomar en cuenta que la composición de la fuerza laboral y su distribución en las diferentes fases de la cadena de valor proporcionan una mirada colateral, porque no indaga sobre el peso económico de las inversiones del capital en cada rama. Pero, aún así, nos proporcionan una impresión interesante de estas diferencias. En las economías estudiadas las diferentes ramas de servicios predominan, pero debemos tomar en cuenta de su diferente significación: no es lo mismo el sector de ingeniería, ciencia y concepción industrial, así como la financiera, que las de comercialización o servicios a las personas, pues el primero dará nuevas rasgos innovadores a la industria o dispondrá de poder financiero, y el segundo se encarga simplemente de realizar el valor de lo producido y suele proporcionar menor "valor añadido". Desde este punto de vista, la liberación y dedicación de personas sobre esta fase de concepción, así como en la financiera, es un síntoma de posibilidad de una ventaja absoluta a este respecto. Como hemos advertido ya, el liderazgo en la división internacional suele coincidir con aquellas economías que dominan las fases de intermediación financiera, diseño industrial, las fases estratégicas de la producción y de distribución final. También la disponibilidad de un sector público importante parece un rasgo de desarrollo y ventaja. En estos campo, según la tabla que acompañamos, los países centrales parecen tener mayor peso. En el terreno industrial (fabricación, construcción y transporte), las clasificaciones no distinguen entre industrias innovadoras o tradicionales, pesadas y ligeras, y por tanto no discrimina igual. No hemos dispuesto de información de China o de algunos tigres asiáticos, pero parece contrastado que allí se están localizando la mayor parte de las fábricas, si bien en tanto que industria ligera y no puntera tecnológicamente. En el campo de la extracción de materias primas (minería, industria alimentaria) son, muy significativamente, las periferias y semiperiferias las que reflejan mayor especialización. Estas economías distantes compiten, dependen y también cooperan entre sí. Los capitales occidentales, sus grandes multinacionales invierten en fábricas en las semiperiferias emergentes que tienen ligazón con los mercados del centro mundial; adquieren terrenos agrícolas y mineros en las periferias, etc… Todos aquellos exportan al centro. Al fin y al cabo, se trata de una cadena global, jerarquizada, y por tanto una estrategia de combate debe estar a esa altura, aunque esto no sea un desafío sencillo.

ESTRUCTURA OCUPACIONAL Y ESPECIALIZACIÓN EN LA CADENA DE VALOR

%Personas Ocupadas en cada Rama de Actividad 2012	ALEMANIA	FRANCIA	ESPAÑA	RUMANIA	TURQUIA	ARGENTINA	KAZAJISTÁN	FILIPINAS
Actividades financieras	3,28	3,28	2,46	1,51	1,07	2,22	1,63	1,19
Concepción, Ingeniería y ciencia	5,06	5,46	4,79	1,82	2,04	4,05	2,11	0,52

Servicios de Reproducción Social de la FT	**19,24**	**22,95**	**18,59**	8,87	9,82	**20,81**	15,36	7,86
Servicios Públicos Estatales	12,4	13,28	12,67	6,75	9,62	11,8	6,52	7,49
Infraestructuras y servicios de suministro continuo	1,52	1,54	1,27	2,08	0,88	0,91	2,79	0,43
Extracción Materias Primas	1,79	3,03	4,57	29,84	24,02	1,06	**28,2**	**32,84**
Fabricación y Transporte	**31,27**	**25,25**	**24,03**	**30,36**	**29,11**	**27,92**	**20,86**	**21,17**
Sector de Distribución Comercial y servicios finales a las personas	**24,03**	**23,27**	**29,88**	**18,13**	**23,04**	**28,37**	**21,22**	**27,59**
Servicios creativos	1,42	1,42	1,77	0,64	0,43	1,74	1,31	0,9
No especificado	0	0,44	0	0	0	0,65	0	0

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la OIT. Distribución de la ocupación en las actividades económicas (ISIC-Rev.4, Labour Force Survey, OIT). Nota: en verde (horizontal), tres países con mayores datos en cada fase; en negrita, tres fases que destacan por país (vertical). Para ver esta información más desagregada remitimos al anexo estadístico al final del informe.

Parece claro, de otro modo, que si no se desea incurrir en una rivalidad entre trabajadores de lugares diferentes del mundo –en aras de una competencia entre economías nacionales o áreas regionales-, teniendo en común potencialmente el interés de cambiar sus condiciones para mejor, que buscando dicho fin parece estratégico influir, interrumpir o poner a funcionar de manera distinta la cadena de valor, que ya adopta un carácter transnacional. Parece así imprescindible su solidaridad y cooperación allende las fronteras.

Esto obliga a repensar en la dimensión y forma de las luchas, a sabiendas de la necesidad de lidiar con las nuevas formas de empresa-red, de localizaciones y relocalizaciones industriales, y de la globalización capitalista. A este respecto, los viejos debates sobre trabajo productivo e improductivo hacen un flaco favor, si admitimos que todas las fases de trabajo de la cadena de valor, o del ciclo del capital, cumplen un papel necesario –aunque diferente- para la valorización y realización rentable del capital dentro de la lógica del ciclo del capital y de la mercancía. Ni que decir tiene que parar un solo centro de trabajo poco influye, que una empresa de servicios finales no es tan determinante que interrumpir el transporte, una central eléctrica o una fábrica. Tampoco es tan determinante parar sólo una fábrica aislada, también es necesario paralizar la distribución comercial o determinados servicios públicos. La respuesta no puede ser la impotencia, sino mirar más ampliamente. Se deben trabar estrategias solidarias de lucha de grupo empresarial, transnacional, que incluya a trabajadores de subcontratas y franquicias, que incluso abarque toda la cadena de valor.

También debe asumirse que la condición de posibilidad de que la mayor parte de los y las trabajadoras se empleen en actividades formalmente de servicios es fruto de una superindustrialización que desplaza a actividades de gestión, concepción, operación y mantenimiento de sistemas, o de trabajos comerciales y de servicios a personas a mayor proporción de fuerza de trabajo, dado que la relación entre el capital técnico y la fuerza laboral ha aumentado, y por tanto es posible liberar del trabajo industrial a más personal para derivar a otras actividades. Pero sin los trabajos de ingeniería, de operarios, de mantenimiento, de comunicación, comerciales o de administración tampoco funcionaría la maquinaria.

La realidad de una sociedad salarial de servicios no debe hacernos llevar a pensar que “los empleados” son necesariamente “más conservadores” que los “obreros industriales” (esto

depende de factores de organización, experiencia y orientación subjetiva). De igual modo que sería un craso error constreñir a la clase trabajadora a la masa de obreros industriales o de la minería, pues sólo un comporta un segmento de menor proporción. Debemos mirar al mundo del trabajo sin constreñirlo a una imagen "fabricocentrista". Al mismo tiempo que, a pesar de que desde occidente no las veamos como antes, sepamos que las fábricas, ni mucho menos, no han desaparecido, sino que se encuentran en nuevas localizaciones (Asia, Este de Europa, etc…). La eficacia de las luchas, por tanto estará sumamente limitada si se circunscribe a un centro de trabajo, a una sola empresa, y a veces, a una localización concreta, lo que exige una fuerte redefinición de las estrategias de acción sindical, y una orientación decidida hacia el *internacionalismo solidario*.

3.2. Sobre los diferentes motores de la movilización y la transformación social

Hay diversas razones para asumir que la incidencia de las movilizaciones obreras de cara a una disputa material por los recursos, y más aún cuando se combinan con objetivos políticos para cuestionar al poder, puede ser en general mucho más decisiva que otras bases sociales para la protesta. Su capacidad de interrumpir la cadena de valor, de presión a las empresas alterando la imagen corporativa, o su influencia en los gobiernos y su legitimidad, al alterar la dinámica económica en las huelgas generales, o más aún si se adoptan ocupaciones o incluso se toma la dirección de procesos productivos bajo criterios y control diferente al que exigen los capitalistas, es en general más notable que muchas otras formas de lucha. Ahora bien, es cierto que la mayoría de la movilización de los y las trabajadoras, aunque esto varía según el contexto histórico, no se mueven por fines políticos, sino más frecuentemente por razones económicas o laborales inmediatas (mantenimiento del empleo, negociación de convenios colectivos, etc…). Además, pero no menos importante, es preciso admitir que un movimiento obrero que dirigiese la producción, llegado al caso, no tiene porque triunfar necesariamente, en tanto que debiera al mismo tiempo resolver la dimensión de la toma de decisiones, la democracia de los y las trabajadoras y sus órganos de deliberación, su orientación política que los cohesionase y guiase, y las formas institucionales que podrían dar cuerpo a una sociedad alternativa. E, incluso, antes que eso, prever las formas de defensa del nuevo modelo ante la previsible reacción violenta de las viejas clases dominantes. Por otro lado, el que su eficacia pueda ser potencialmente superior, no equivale a que sea el factor que motive con mayor énfasis a la parte de la sociedad que se moviliza. Esto es, desde nuestro punto de vista, se trata de un vehículo necesario, pero no suficiente. Si seguimos la metáfora, el vehículo necesitaría de la gasolina de los movimientos y la conducción de una orientación política.

A este respecto, cabe advertir que el contexto sociohistórico delimita la construcción de subjetividades diversas, donde pueden caber diferentes prioridades de lucha, encontrarse barreras a la movilización muy diferentes, y donde las formas de protesta y represión pueden variar. En este sentido, la presencia, estrategia y táctica de los diferentes actores organizados parece decisiva, así como de las instituciones del poder.

Sindicatos, movimientos y organizaciones partidarias representan formas diferentes de afrontar el conflicto, a veces coincidentes, pero frecuentemente diferenciadas. En términos de perspectiva, los sindicatos agrupan solidariamente a trabajadores en términos habituales en

torno a reivindicaciones laborales y económicas. Los movimientos sociales suelen expresarse ante conflictos sociales, fruto de una contradicción sistémica, una frustración ideológica o una contestada acción institucional, en general como tensión entre el sentido común popular y un hecho que choca con él. Las organizaciones partidarias construyen discursos, programas y acciones, con un proyecto general que debería tener un alcance temporal más duradero en su construcción.

En el ámbito europeo, las grandes luchas sindicales y políticas (en términos parlamentarios) hasta los años 60 fueron la forma principal de influencia de cara a la construcción de políticas de bienestar y de pleno empleo, en el contexto de la Guerra Fría. A fines de los 60, vieron como se subordinaban en la expresión de la protesta ante el surgimiento de las luchas de los *nuevos movimientos sociales y de la juventud*. Con una fuerte ideologización, las iniciativas de los movimientos sociales, pusieron encima de la mesa, sobre todo a partir de 1968, una agenda de reivindicaciones antinuclear, pacifista, democrático-radical, libertaria, ecologista y feminista, hasta el punto de ganarle la iniciativa al movimiento sindical, en aquel periodo completamente retraído en sus reivindicaciones laborales y económicas inmediatas, detrás de las faldas de los grandes partidos comunistas y socialdemócratas con aspiraciones parlamentarias. Sin duda alguna, la aparición de los nuevos movimientos sociales constituyó una regeneración del antagonismo, un nuevo impulso. S bien es preciso hacer constar con las movilizaciones más contundentes tuvieron que contar, aunque frecuentemente con retraso, con la fuerza de la retaguardia obrera. A posteriori, su traducción en términos de transformación, este impulso causó reformas democráticas en países europeos donde había regímenes autoritarios (España, Portugal, etc…), y se normalizaron una serie de innovaciones en materia de libertades civiles y culturales significativas para la vida diaria. Estas, sin embargo, no modificaron las relaciones socioeconómicas. Simplemente se adaptaron a una nueva fase de crisis y gestión capitalista, donde versiones individual-competitivas del postmodernismo congeniaron con la política neoliberal que desde entonces se impuso.

En la historia del Estado español, las movilizaciones sociales han partido de motivaciones muy diferentes. Y se han expresado de diferentes modos. En los años 70 las movilizaciones contra la dictadura se expresaron mediante la construcción de organizaciones, la elaboración de propaganda, el asociacionismo informal popular, etcétera. Pero fundamentalmente su cauce fue protagonizado a través de las luchas obreras, donde las reivindicaciones salariales iban de la mano con las aspiraciones democráticas. En aquel contexto, la represión policial, aunque lo era menos que en el primer periodo franquista, era mucho más cruda que en la postransición.

Posteriormente, en los 80 se produjo una escisión entre las aspiraciones y reivindicaciones económicas y laborales, en relación con las políticas. En aquel periodo, la preocupación mayoritaria se fijaba en el desempleo, la reconversión industrial. Mientras que en el plano político se consolidó la desmovilización y una fuerte confianza y delegación en el gobierno de Felipe González. Las contestaciones políticas más significativas tuvieron forma en las movilizaciones contra la OTAN, en 1986, o en las respuestas al tipo de incorporación en la UE (Tratado de Maastricht), pero ya en un periodo claro de reflujo de los movimientos que acabó por minorizarse hasta casi la marginalidad en los años 90. Sin embargo, las luchas obreras, como la que constituyó la huelga general de 1988, por el contrario, obtuvieron su traducción en políticas de redistribución. Mientras que, en el terreno político, la protesta social, a lo sumo

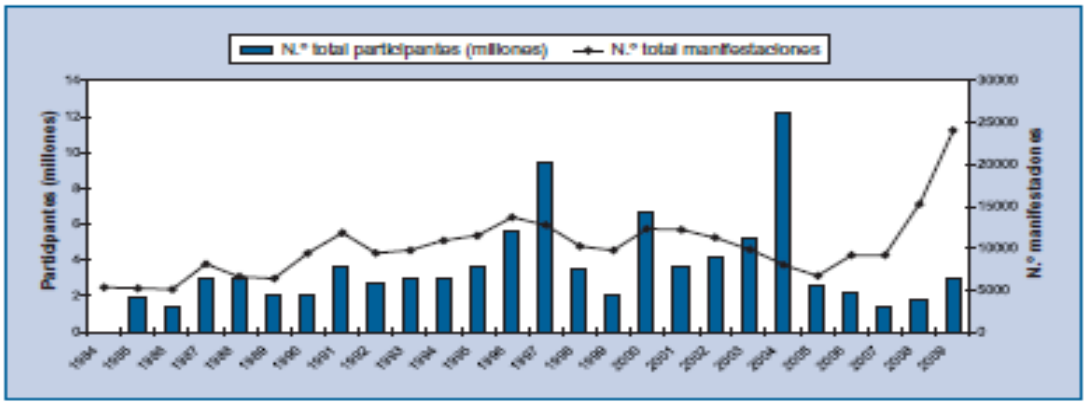
consiguió erosionar la credibilidad del PSOE, hasta que se produjo la alternancia en 1996. A pesar de su empuje, las fuerzas progresistas alternativas sólo obtuvieron un repunte electoral, y en tanto que contrapoder seguían sin disponer de herramientas sólidas para influir.

El Partido Popular disfrutó de un periodo de prosperidad rampante y fuerte creación de empleo (precario), desde 1996. En los años 90, el mundo sindical modificó su estrategia de movilización socialdemócrata, hacia otra socialiberal y de concertación, que también se tradujo en la cristalización de un fuerte apoliticismo y separación de las dinámicas de construcción de movimientos sociales. En el ámbito de los movimientos sociales, a fines de los 90 y principios de los 2000 fue el movimiento antiglobalización, en la práctica con una línea internacionalista contra las grandes instituciones financieras internacionales (BM, FMI, OMC, UE,…) la que tuvo su repercusión mediática y de generación de unas nuevas prácticas, muy activistas pero minoritarias, de protesta social. Ahora bien, distanciadas de la lucha sindical y lejanas de cualquier pretensión de intervenir en el campo laboral. En este periodo se fraguó no sólo una marcha en paralelo entre lo económico y lo político, lo laboral y lo social, sino que también se produjeron las bases de cierta tensión y rivalidad entre ambas esferas.

En los años 2000 las movilizaciones disfrutaron de un repunte, hasta constituir una respuesta de mayorías sociales. Trascrecieron las manifestaciones del movimiento antiglobalización, en la forma de la lucha contra la Guerra de Irak. Este reguero de protestas tuvo de nuevo su traducción electoral con el cambio de gobierno, en 2004, subiendo al gobierno el PSOE con Zapatero como presidente.

Pero no podemos reducir el significado de los movimientos sociales y de sus manifestaciones diversas a iniciativas únicamente desde la izquierda. En la práctica, la derecha y los "contramovimientos" también han tomado parte en estas expresiones, por otros motivos, y muchas más veces en forma masiva, para presionar. Las manifestaciones contra el terrorismo en general obtuvieron un respaldo mayoritario durante largo tiempo. Su alcance tiene varios actores promotores, desde las instituciones públicas, las fuerzas políticas de centro y de derecha, y los medios de comunicación. Consiguieron llevar a las calles a gran parte de la población conservadora pero también aquella simplemente sin vínculo organizativo ni inclinaciones ideológicas definidas.

A partir de 2004 (Jiménez, M.; 2011), la protesta dejó de ser visible desde la izquierda, para ser tomada, de manera masiva, desde la derecha. Las motivaciones fueron diferentes y, en general, como reacción a las reformas en materia de derechos civiles que había emprendido el gobierno del PSOE en materia de matrimonio, derecho al aborto y otras similares. En suma, las motivaciones religiosas o ideológicas conservadoras, con el sustento de la iglesia y la derecha política tuvieron su eco en las manifestaciones callejeras.



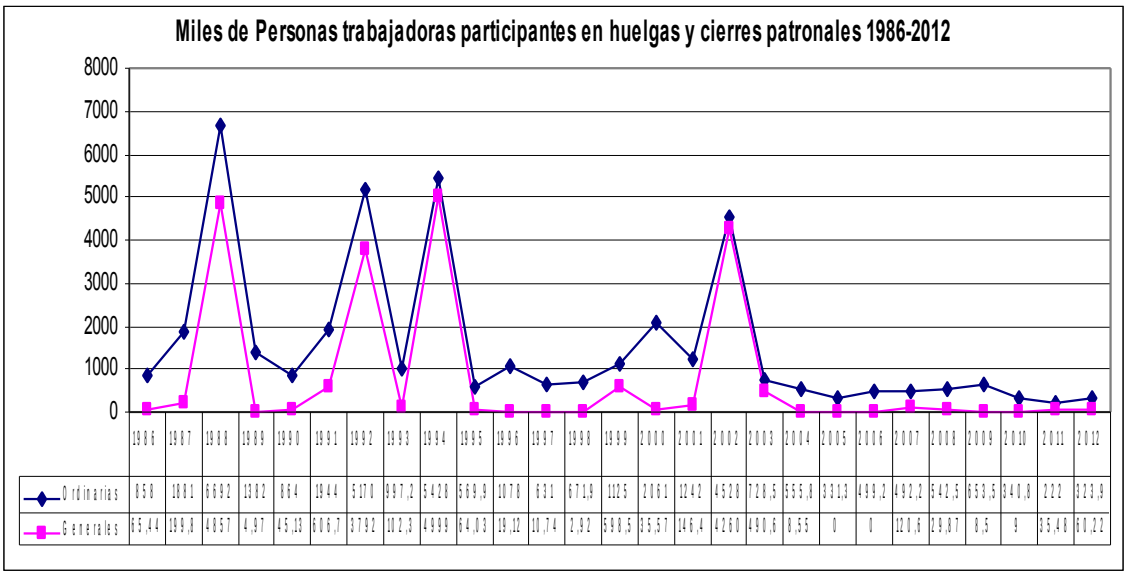
Fuente: Elaboración propia a partir de los Anuarios Estadísticos del Ministerio del Interior y datos facilitados por la Dirección General de Política Interior.

Fuente: M. Jiménez (2011) *La normalización de la protesta. El caso de las manifestaciones en España*. CIS. Pág. 29.

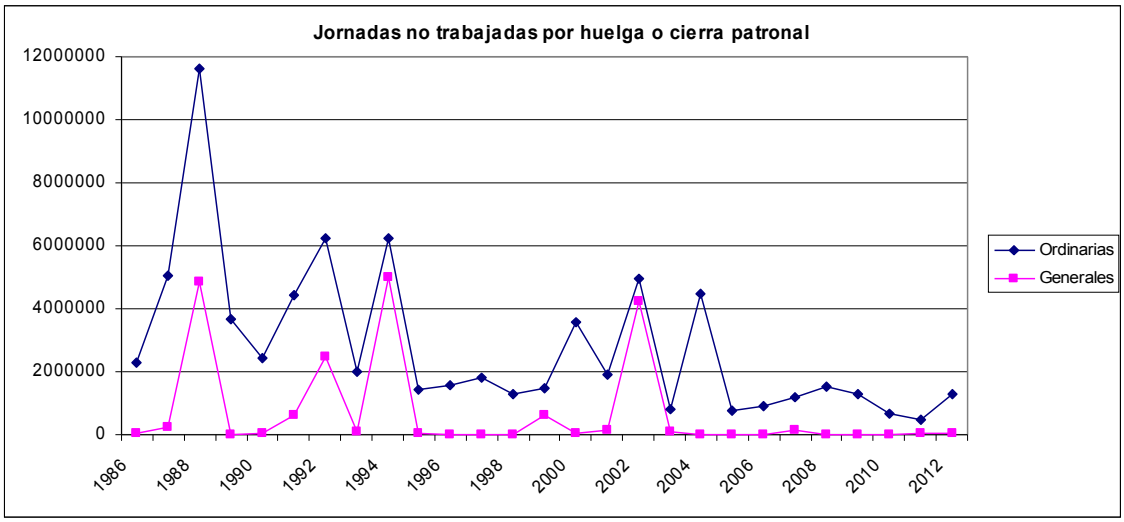
El efecto frecuente de estas manifestaciones parece cobrar efecto con la erosión de la credibilidad y el respaldo popular que se le da al gobierno. Por tanto, su visibilización suele darse en materia electoral. Suelen comprobarse sus efectos, normalmente, primero en elecciones locales, apuntarse tendencias en las elecciones europeas y luego vienen a derivar en cambios de mayorías parlamentarias. Ahora bien, este fenómeno "movimentista", que sí incidió –posiblemente sin desear este resultado- para la alternancia entre el gobierno Aznar y el de Zapatero, no es el único factor de cambio político visible en las instituciones. En efecto, para comprender la pérdida de respaldo del primer gobierno PSOE nada más explicativo que las huelgas con las que se le contestó, a lo que se sumó el descrédito por corrupción. Para comprender el cambio del gobierno Zapatero al de Rajoy, en cambio, fue la crisis económica, el paro galopante y sus reformas laborales, contestadas con huelgas generales, las que le derribaron.

Las estadísticas de trabajadores participantes en huelgas y jornadas no trabajadas, no registran correctamente las últimas huelgas generales, que tuvieron un impacto comparable a la de 2002, cuanto menos la de 2010, y algo menor la de 2012. Si consideramos este hecho, podemos asumir que, más allá de la fuerte movilización social surgida desde el movimiento 15M, es la expresión del movimiento obrero en estos términos la que tiene una repercusión

más importante.



Fuente: Elaboración propia a partir de Boletín de Estadísticas Laborales, MºEmpleo.



Fuente: Elaboración propia a partir de Boletín de Estadísticas Laborales, MºEmpleo.

Ahora bien, el movimiento obrero no se expresa únicamente bajo el vehículo sindical. El movimiento obrero no siempre ha tenido la forma organizada sindical que hoy conocemos. En sus primeros albores adoptaba formas informales, de coordinación y autogestión, muchas veces con un alcance de empresa y corporativo, otras veces de sector y hasta también general y de clase. Tiempo después en el siglo XX, una vez fraguados los sindicatos tal y como hoy los entendemos, fueron penetrando el proceso de producción y sólo avanzado el siglo XX contó con fuertes aparatos que, finalmente, hasta contaron con reconocimiento legal e incluso participación, a modo de consulta y diálogo social, o hasta la propia gestión de políticas públicas, en las instituciones. Pero estas formas de compaginación y relativo empotramiento en el aparato del Estado no son las únicas que ha desarrollado el movimiento obrero. También

desarrolló estrategias de relación de las luchas laborales con las luchas populares, iniciativas de apoyo mutuo en el ámbito de la economía social, etcétera.

Recientemente, en el Estado español, el movimiento obrero adopta diferentes vertientes, donde se apunta una relación, a veces muy fructífera, casi siempre tensa, entre los movimientos ciudadanos y las fuerzas sindicales. El modelo de las denominadas "mareas ciudadanas" en la práctica constituyen una experiencia casi única de coalición entre profesionales de lo público, usuarios de los servicios públicos, movimientos sociopolíticos y fuerzas sindicales, que irrumpen en escena de manera masiva, entroncando con el consenso histórico en torno al Estado del Bienestar, y tomando formas de deliberación y toma de decisiones basadas en la democracia participativa heredados del movimiento antiglobalización, y, más recientemente, las asambleas populares del 15-M. Asimismo, otras iniciativas y plataformas, no estrictamente provenientes del movimiento obrero, con propuestas y acciones populares (PAH, PACD, etc…) influyen en su discurso, renovando su ideario, para plantear incluso elementos que no meramente defensivos.

Por último, debe señalarse, en este retrato de las dinámicas de movilización, a la cuestión nacional, que ha tenido fuertes expresiones en Euskadi y, de manera mayoritaria, en Catalunya, recientemente. Esta situación, con un alcance político que pone en tela de juicio las bases del Régimen del 78, también tiene una clara incidencia en algunas nacionalidades históricas con importante repercusión en la política central del Estado.

Una vez hecho esta mínima cartografía histórica de los movimientos es difícil llegar a demasiadas conclusiones. Está visto que los motivos que preocupan a la sociedad son cambiantes. Recientemente, en los barómetros del Centro de Investigaciones Sociológicas[1] tienen más peso en la preocupación social la cuestión del paro, de la crisis económica o de la corrupción. Antes de la crisis, lo fue el terrorismo, la vivienda o la inmigración. Estas preocupaciones no siempre se expresan en las protestas de igual modo que en los barómetros. Son sin duda, aspectos importantes, diversos y cambiantes. Pero sin actores que medien en este proceso de visibilización pública quedan en meros comentarios de bar o en estadísticas.

De cara a su expresión, parece claro que las manifestaciones públicas son más frecuentes que las propias huelgas de toda índole, a sabiendas de que hay otras muchas formas de protesta, presión y construcción de subjetividad y disputa. Pero, a la luz de la historia, parece que, si bien son los movimientos sociales los primeros que expresan contradicciones o reacciones por y ante los cambios, y visibilizan elementos de antagonismo o reafirmación del poder establecido (en el caso de los contramovimientos), y tiene capacidad de denuncia e iniciativa, la traducción en cambios sociales efectivos siempre ha venido de la mano de la relativa contundencia de las luchas del movimiento obrero. A este respecto, la interpretación provisional a la que podemos llegar, es que su alianza y coincidencia parecen la vía más eficaz para la transformación.

Ahora bien, deben señalarse, en este sentido varias cosas. En primer lugar, que dicha confluencia puede ser tan relativamente eficaz como amenazada por tres fenómenos.

[1] http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Indicadores/documentos_html/TresProblemas.html

El primero de ellos es la disciplina que impone la situación de desempleo y el crecimiento del miedo y de la insolidaridad en cierta parte de la población.

El segundo de ellos procede de la acción represiva de los aparatos del Estado y el ascenso de los grupos de extrema derecha. Las multas, detenciones, violencia policial, endurecimiento del código penal, y la aparición de grupos fascistas que persiguen a grupos promotores alternativos, sin duda, van a modificar el escenario, condicionando las formas de expresión antagonista.

El tercero de ellos es la propia rivalidad entre ámbitos de la lucha. Se comprueba que el ámbito sindical es celoso de la nueva legitimidad popular de los movimientos sociales y sus formas de horizontalidad democrática y participativa. Una de sus prerrogativas para obtener concesiones era ostentar la capacidad de controlar la expresión del conflicto, cosa que ya no puede ejercer, superado por los movimientos populares. Al mismo tiempo que éstos últimos, que en ocasiones portan aspiraciones entre la mera indignación personal compartida hasta la propuesta de transformación radical, recelan de los sindicatos mayoritarios, en clave a veces muy reactiva, por su habitual estrategia concertadora (y nostálgica de los consensos de la Transición Política) o su toma de decisiones vertical. En suma, mientras que en el ámbito de las mareas ha habido y están habiendo experiencias de confluencia, también las hay de fuerte tensión y animadversión o a veces simplemente de acciones en paralelo (tanto en la verde como en la blanca).

En suma, nada sobredetermina, mucho menos automáticamente, que el movimiento obrero sea un actor hoy por hoy decisivo (porque su orientación no es precisamente la idónea), ni tiene porque constituir su ámbito de disputa el preferente por las mayorías sociales. Ahora bien, reconociendo que los movimientos sociales han demostrado la capacidad de poner sobre la mesa una agenda de debates y han demostrado iniciativa, así como parece que una serie de organizaciones políticas cuando han ido de la mano con ellos han podido dar forma a algunos de los interrogantes, de las aspiraciones y propuestas, organizando las luchas, parece que si dispusiésemos de un movimiento obrero organizado, sea en el campo sindical o en otro, la eficacia en torno a la resistencia y la transformación sería mucho mayor. Dicho de otro modo, el movimiento obrero no tiene porque comparecer necesariamente, ni tiene porque hacerlo en la forma deseable, pero, sin duda alguna, sin un movimiento obrero organizado, sociopolítico, de clase, reivindicativo y combativo, el alcance de las luchas será mucho más reducido.

3.3. Sobre la interrelación entre la relación salarial y otras fuentes de conflicto y formas de opresión social.

Los y las trabajadoras crean valor, idean nuevas formas de producción y nuevas tecnologías, extraen materias primas y energías, recolectan y manufacturan productos primarios, fabrican máquinas, operan y mantienen los procesos de elaboración, atienden trabajos de intermediación financiera, realizan tareas comerciales y proveen servicios a las personas para hacerles llegar o adecuarles las mercancías que se producen en la cadena de valor capitalista. Forman parte de esa misma cadena de valor, y por tanto influyen, construyen, producen y

ponen en funcionamiento esa cadena. Por tanto, en tanto que la producción capitalista también implica una relación metabólica con su *entorno natural*, entraña una destrucción de ese medio y una generación de residuos. A este respecto, cualquier reivindicación ecologista, que reconoce que para construir una economía sostenible requiere acabar con el productivismo y la rentabilidad como guías, únicamente podrá ponerse en pie con el concurso de los y las trabajadoras que participan en la producción, de cara a adecuar sus condiciones técnicas, energéticas, aplicando métodos y objetivos de producción que se destinen a satisfacer necesidades, que contemplen la autocontención que impone la capacidad de carga de los ecosistemas y la biosfera.

La relación salarial condiciona las *formas de familia y relaciones de género*, la provisión de tareas domésticas para la reproducción social de la fuerza de trabajo. A este respecto, la relación salarial se relaciona cómplice, pero también altera y le da nueva forma, a la relación patriarcal. La relación salarial requiere de una "retaguardia" que garantice un tipo de socialización y reproducción social de la fuerza de trabajo lo que no es obstáculo para que el patriarcado se extienda al propio trabajo asalariado, en el que la mujer se ha incorporado con condiciones muy desventajosas (empleos a tiempo parcial, menores salarios por empleos de valor equivalente, peores trayectorias profesionales de empleo y promoción, segregación ocupacional, menores derechos de pensiones por interrupción de la vida laboral, etc…).

En este sentido, el mundo del trabajo, tanto en la esfera doméstica, de crianza, de cuidados no remunerados, como en el ámbito del trabajo remunerado es un terreno en el que se dirime las condiciones de vida de las mujeres y las relaciones de género. A tal punto, no basta con reclamar la superación de la relación salarial (o en términos de "mientras tanto" la mejora de sus condiciones de empleo y trabajo), sino que una aspiración superadora del patriarcado plantea estudiar sus interrelaciones y construir un mundo laboral bajo unas formas sociales que proporcionen derechos equivalentes efectivos a hombres y mujeres.

Por otro lado, las clásicas demandas para una *democracia* sustancial, participativa y radical, requieren de resolver las grandes desigualdades sociales que en la práctica reducen las posibilidades de expresarse e influir de las clases populares. Ni los regímenes autoritarios ni las democracias formales han proporcionado suficientes medios para una plena e igualitaria participación democrática. En las primeras porque una dirección autocrática decidía por todos. En las segundas, porque una partitocracia financiada por el poder económico dominaba las formas de decisión política y de gobierno, imponiendo sistemas de financiación, de participación partidaria y sistemas electorales sumamente sesgados, privilegiando la posibilidad de hacer valer los intereses de las clases dominantes. Aunque las reformas políticas representan un asunto a elaborar (con el desarrollo de consejos de trabajadores, asambleas populares o formas de democracia radical), que por sí sólo el movimiento obrero no puede culminar, este sujeto y sus diversos actores que lo promueven es el único que puede instaurar una democracia popular, donde se reduzcan las enormes desigualdades ante lo que representa el acceso a los recursos, para mitigar la dependencia económica de las personas en función de su extracción social o lugar de residencia, etc…

El lugar que ocupa la clase trabajadora en la cadena de valor es imprescindible. Es el único actor que puede, en forma solidaria, sindical y organizada, interrumpirla, alterar su marcha o a

aspirar a ocupar su dirección con fines alternativos que adopten un carácter ecológicamente sostenible, internacionalista y más igualitario, acabando con la propiedad privada de los medios de producción estratégicos y socialmente útiles.

Esto implica una mayor complejidad para actuar, y la necesidad de enriquecer e interrelacionar la acción y el discurso del movimiento obrero con el reto de enfrentar otros conflictos fundamentales que atraviesan las sociedades modernas. Pero, desde nuestro punto de vista, no resta un ápice sobre la centralidad de la *cuestión social*, lo que no debe conducir a ignorar otros ejes de conflicto social, que deben ser incorporados a las aspiraciones de lucha del movimiento obrero. Esto implica articular respuestas más cuidadas, mejor tejidas, que tomen en cuenta las diferentes contradicciones.

4. Anexo

DISTRIBUCIÓN DE LA OCUPACIÓN EN LAS ACTIVIDADES ECONÓMICAS (ISIC-Rev.4, Labour Force Survey, OIT)

CADENA DE VALOR	2012. Porcentaje **Rama de Actividad**	ALEMANIA	FRANCIA	ESPAÑA	RUMANIA	TURQUIA	ARGENTINA	KAZAJISTÁN	FILIPINAS
	Total Miles de Personas Ocupadas	40080,00	25798,38	17282,00	9262,80	24819,30	10843,57	8507,37	37621,75
Actividades financieras	K. Financial and insurance activities	3,28	3,28	2,46	1,51	1,07	2,22	1,63	1,19
Concepción, Ingeniería y ciencia	M. Professional, scientific and technical activities	5,06	5,46	4,79	1,82	2,04	4,05	2,11	0,52
Servicios de Reproducción Social de la FT	P. Education	6,29	7,15	6,79	4,06	4,93	7,83	10,31	3,21
	Q. Human health and social work activities	**12,39**	**13,5**	**7,99**	4,17	3,26	5,37	4,83	1,21
	T. Activities of households as employers; undifferentiated goods and services-producing activities of households for own use	0,56	2,3	3,81	0,64	1,63	7,61	0,22	3,44
Servicios Públicos Estatales	N. Administrative and support service activities	5,33	3,79	5,07	1,72	3,72	3,36	2,05	2,38
	O. Public administration and defence; compulsory social security	7	9,49	7,57	5,03	5,88	**8,44**	4,46	5,1
	U. Activities of extraterritorial organizations and bodies	0,07	0	0,03		0,02	0	0,01	0,01
Infraestructuras y servicios de suministro continuo	D. Electricity, gas, steam and air conditioning supply	0,96	0,8	0,48	1,19	0,39	0,44	1,88	0,25
	E. Water supply; sewerage, waste management and remediation activities	0,56	0,74	0,79	0,89	0,49	0,47	0,91	0,18
Extracción Materias Primas	A. Agriculture, forestry and fishing	1,55	2,92	4,36	**28,96**	**23,56**	0,61	**25,55**	**32,17**
	B. Mining and quarrying	0,24	0,11	0,21	0,88	0,46	0,45	2,65	0,67
Fabricación y Transporte	C. Manufacturing	**19,75**	**12,82**	**12,59**	**18,17**	**17,81**	13	6,46	8,32
	F. Construction	6,72	7,23	6,64	7,51	6,89	**9,01**	**7,67**	5,91
	H. Transportation and storage	4,8	5,2	4,8	4,68	4,41	5,91	6,73	**6,94**
Sector de Distribución Comercial y servicios finales a las personas	G. Wholesale and retail trade; repair of motor vehicles and motorcycles	**13,32**	**12,65**	**16,33**	**13,01**	**14,11**	**18,08**	**14,15**	**18,9**
	I. Accommodation and food services	3,94	3,8	7,65	2,01	4,86	3,67	1,53	3,51
	J. Information and communication	3,27	2,9	2,96	1,66	0,96	2,24	1,6	0,91
	L. Real estate activities	0,69	1,2	0,56	0,17	0,74	0,48	1,32	0,46
	S. Other service activities	2,81	2,72	2,38	1,28	2,37	3,9	2,62	3,81
Servicios creativos	R. Arts, entertainment and recreation	1,42	1,42	1,77	0,64	0,43	1,74	1,31	0,9
	X. Not specified		0,44			0	0,65		

Fuente: Elaboración propia a partir de la OIT.